

LA REVELACIÓN COMO PALABRA, TESTIMONIO Y ENCUENTRO

La Revelación, estudiada desde las analogías de palabra, testimonio y encuentro, tiene un sentido único: amor de Dios al hombre., La fe, respuesta del hombre a la Revelación; será, pues, una abertura a la amistad.

La Révelation comme parole, tmoignage et reencontré, Gregorianum, 43 (1962-I).39-54

Israel concibe la manifestación divina, que llamamos Revelación, a partir del significado de la palabra en las relaciones humanas. En el A. T. Los profetas se presentan como testigos y heraldos de esa palabra, que recibe su pleno y estricto cumplimiento en Cristo: el Verbo personal nos habla y enseña, da testimonio de cuanto ha visto y oído en el seno del Padre. Los apóstoles son a su vez testigos oculares y servidores de la Palabra (Lc I, 2). Palabra y testimonio poseen un contenido: la Buena Noticia por excelencia, el Evangelio de la salvación. Mediante la fe, que acoge el mensaje de la palabra, se opera el encuentro con el Dios vivo, incoación y preludio de la visión intuitiva de la gloria.

LA REVELACIÓN COMO PALABRA

Palabra humana

El análisis escolástico consideró preferentemente a la palabra en su aspecto estático: manifestación del pensamiento por medio de signos (S. Theol. I q 102 a 1). Lugo fue uno de los primeros en señalar el esencial dinamismo de la palabra: su *ser-para-otro*; la palabra implica voluntad de ser comprendido. La teología actual, consciente de las aportaciones de la filosofía y psicología del lenguaje, insiste en su carácter interpersonal, existencial y oblativo. Karl Bühler distingue tres aspectos en la palabra: posee un *contenido*, es una *interpelación* que provoca respuesta, supone un *desvelamiento* de la persona manifestando su actitud interior. La palabra es por tanto: acción de una persona que se *dirige y expresa* a otra en orden a una *comunicación*. Para comprender su primacía respecto a los demás medios de expresión, no se olvide el séquito de inflexiones, ritmo, entonación y gestos que acompañan a la palabra viva.

La palabra es ante todo encuentro *interpersonal*: hablar es dirigirse a otro. Antes de ser expresión la palabra es *interpelación*. Su dinámica la impele a convertirse en diálogo entre un *yo* y un *tú*. La interpelación, sobreentendida generalmente, aflora a veces explícita y se expresa entonces en forma de giros sintácticos, que van desde el empleo pronominal hasta la franca interrogación y el anacoluto. Interpelación y reacción pueden adoptar formas diversas. Así, por ejemplo, al mandato responde la obediencia, a la súplica el, otorgamiento, a la explicación la atención, al testimonio la fe.

Si la palabra exige siempre una respuesta, se debe al hecho de que tiende a la comunicación, aun en aquellos casos en que no lo consigue. Los fines de esa comunicación pueden ser diversos. Grado ínfimo lo constituye el utilitarista e impersonal del noticiario, del lenguaje profesional, técnico o científico, el de la vida social cotidiana: en todos estos casos el yo permanece neutral y como extraño a la comunicación. En el nivel superior, la palabra se torna *expresión*, testimonio y

revelación de la persona. En la medida en que nos metemos en esa palabra y vamos al encuentro del otro, reconociéndole como persona obtiene la palabra su plenitud de sentido y autenticidad. Expresión de un misterio personal, se dirige al misterio personal de otro ser. Pues el hombre -imagen viva de Dios que se expresa en su Verbo- se hace presente en la palabra para entregar con ella su riqueza personal. Para que la comunicación y diálogo puedan ser confesión recíproca y revelación, se requiere mutuo respeto al misterio personal del otro, entera disponibilidad, confianza y amistad por lo menos inicial. Cabe, pues, definir la palabra en su esencia superior como donación recíproca de dos personas en la que cada una se abre a la otra, ofreciéndole acogida en lo mejor de si misma, en comunión de amor.

Sucede a veces, que la palabra articulada no es capaz de expresarlo todo el gesto acude entonces en su ayuda, y adquiere su máxima profundidad en el don de la persona que se realiza mediante el compromiso vital, v. g. en el amor conyugal o en el apostolado. A veces, una larga serie de palabras y acciones culminan en un gesto que sintetiza plásticamente la intención fundamental de la persona: es el caso, por ejemplo, del martirio, en que el sacrificio de la vida sella la profesión de la palabra.

Palabra divina

En la Revelación, el Dios vivo (no el de la abstracción filosófica) se dirige al hombre en relación interpersonal de comunicación y diálogo entre un *yo* y un *tú*. Desde el mundo trascendente de la vida divina, ésta palabra *interpela* al hombre invitándole a la obediencia de la fe, con vistas a una comunión de vida. Se trata de una palabra portadora de insólita novedad: la salvación, presencia del Reino en nosotros. Es palabra de absoluta eficacia: opera lo que significa y cambia la situación de la humanidad. Ajena a cualquier intención utilitaria, la palabra de Dios es palabra de amistad y amor; el Verbo de Dios es un Verbo de amor. Está intención amorosa irrumpe de mil maneras.

Aparece, ante todo, en el *hecho mismo de la palabra*. Por la Revelación Dios franquea la distancia infinita que le separa de la creatura, y se hace Dios cercano, Emmanuel. Un gesto así sólo puede significar para el hombre salvación gratuita y amistad. Si Dios se quiere revelar, no puede ser. más que para asociarnos a su-vida; y, desde otro punto de vista, si quiere asociarnos a su amistad, es que quiere revelársenos; el hecho de la Revelación y el de nuestra vocación sobrenatural coinciden en Dios. Pero la intención amorosa de la palabra divina sube de punto, si se recuerda que esa creatura interpelada es hostil a Dios, de quien se alejó por, cuenta propia. Dios lleva más allá su condescendencia hasta asumir la condición de la creatura para elevarla a su nivel; utiliza todos los elementos de la Encarnación: acción, gesto, comportamiento y *palabra*. En palabras humanas, que el oído es capaz de escuchar y que la inteligencia asimila, nos declara Cristo el misterio de su persona y de su misión.

La tendencia amorosa de la palabra de Dios se evidencia también en el *objeto de la Revelación*, cuyo fin primordial es la comunicación de los secretos de la vida divina e intimidad trinitaria, a que sólo las Divinas Personas tienen acceso. Sólo a un amigo cabe contar tales secretos. La Revelación de, la Trinidad y la inaudita invitación a la intimidad más sorprendente con Dios, como comienzo de participación en la vida divina, hacen de la palabra revelada el gesto máximo de *autodonación*.

La autodonación divina por la palabra llega al exceso del amor. Tras habernos en fiado Cristo el nombre del Padre, y su doctrina, consume por el sacrificio de su vida el don de la palabra, *realizando* en su pasión la caridad que vino a expresar (Jn 13,1). Estamos en el límite del misterio de la palabra que *se da*. La palabra *articulada* se hace *inmolada*; Cristo en la cruz *expresa* con grito inarticulado, en que todo se dice, la infinita caridad del Padre. Cuanto en la manifestación divina era incommunicable lo dicen los brazos extendidos, el cuerpo exhausto de sangre y el corazón atravesado. La Revelación por la palabra queda consumada por la *Revelación-acción*.

LA REVELACIÓN COMO TESTIMONIO

La Revelación es una palabra específica: es *testimonio*. Invita a una reacción igualmente específica: la fe. La Escritura describe la Revelación como una economía de testimonio (acción o deposición de testigos). En el A. T. Dios se elige hombres que no son la verdad ni la luz, pero que dan testimonio de la verdad hablando en nombre de Dios. Estos hombres se imponen por el acento de autoridad de su palabra, por el ejemplo, por sus obras de poder y misericordia, por su paciencia en las persecuciones que a veces culminan en el martirio, *supremo testimonio*. En el N.T. se presenta como el Testigo por excelencia. Nos dice lo que ha visto y oído y nos invita a la obediencia de la fe. Constituye: un cuerpo de testigos, los apóstoles, para que den testimonio de su vida y enseñanzas, e inviten a todos a creer cuanto vieron y oyeron del Verbo de vida. Aquellos que los reciban serán introducidos por el bautismo en una nueva sociedad, la Iglesia. Lo que los apóstoles transmiten a la Iglesia es un *testimonio*, una deposición de testigos. La Iglesia recoge, conserva, protege, y, también propone, explica, interpreta, asimila y entiende cada vez mejor ese testimonio.

El testimonio no sólo une entre sí a las almas a lo largo de la historia. Es además el vínculo misterioso de relación entre cielo y tierra. La idea de testimonio proyecta su luz sobre la Encarnación y la Trinidad. El N. T. nos describe la actividad revelante trinitaria en forma de intercambio de testimonios entre las Personas Divinas. El Hijo es el Testigo del Padre y como tal se muestra a los apóstoles. El Padre da testimonio de que Cristo es el Hijo: lo demuestra la atracción que ejerce sobre las almas, las obras que le encarga realizar y que culminan con el testimonio supremo del Padre en favor de su Hijo; la resurrección. El Hijo da testimonio del Espíritu Santo cuando promete enviarlo como pedagogo, consolador y santificador. Viene el Espíritu y nos da a conocer al Hijo, descubre la profundidad de sus enseñanzas, lo introduce en las almas. Son, pues, Tres los que revelan y dan testimonio, y estos tres son Uno.

Testimonio humano

Podemos definirlo como la palabra mediante la cual una persona invita a otra a admitir un hecho como verdadero ofreciéndole una doble garantía: la misma invitación *a creer* (garantía próxima de verdad) y su *autoridad* (garantía remota). Se pide al otro que preste su asentimiento a lo atestado, al objeto del testimonio. El testimonio es garantía próxima de verdad porque el testigo, por el mismo hecho de invitar a creer, recurre a la confianza y se compromete a decir la verdad. Trasciende el hecho mental, que pasa a ser más bien moral: el testigo se *compromete*. Su palabra viene a convertirse en sustitutivo de la experiencia para el que, no ha visto. Por eso la fe en el testimonio reclama cierta

derogación *legítima*, de lo racional pues tiene por garantía la salud mental (ciencia, perspicacia, espíritu crítico) y, sobre todo, moral del testigo.

Pero no debe olvidarse que, aun apoyándose la fe humana en la atestación y autoridad del testigo, esa autoridad no es, con todo, garantía última de verdad, por tratarse de un testigo falible por naturaleza. De ahí que exijamos siempre un acompañamiento de indicios y signos objetivos que sirvan de aval. Una tal apreciación del testigo y de su autoridad es siempre operación compleja y expuesta a errores y a decepción. Aun en el mejor de los casos, nuestra certeza dista mucho de ser absoluta, porque en el hombre la ciencia y la fidelidad están siempre amenazadas. Sólo Dios, por tanto, puede ser garantía absoluta de una palabra.

Como se ve, desde este punto, de vista racional, la vía del testimonio es inferior a la de la evidencia. Le es, sin embargo, superior por los valores vitales que compromete. Mientras la demostración apela ante todo a la inteligencia, el testimonio, al reclamar una intensidad de confianza que se mide por los valores que con él se arriesgan, compromete no sólo la inteligencia, sino juntamente con ella, la voluntad y el amor. Toda la posibilidad de un comercio interhumano reposa en definitiva sobre esta confianza que reclama el testigo y sobre su tácita. promesa de no traicionarnos. De un lado, pues, compromiso moral del testigo, y del otro, confianza que es ya por sí misma aliciente del amor.

Se añade a esto que cuando nos acercamos al nivel de las *personas* es indispensable dejar a un lado el plano de la evidencia para pasar al del testimonio, a la zona del misterio; pues las personas no son problemas reducibles a fórmulas. Sólo pueden ser conocidas por revelación, es decir, el único acceso a su intimidad es el libre testimonio de la propia persona bajo la inspiración del amor.

Así resulta que el conocimiento por testimonio es inferior allí donde, por la naturaleza del objeto, somos capaces de llegar a la evidencia directa e inmediata de lo real. Pero no lo es si se trata del conocimiento de las personas, . ya que el testimonio es el único modo de entrar en comunión con ellas y participar de su misterio.

Testimonio divino

La Revelación es precisamente manifestación del misterio personal de Dios: interioridad por excelencia, Ser personal y soberano cuyo misterio sólo es accesible por *testimonio*, confianza espontánea que se nos invita a recibir en la fe. El cristianismo es la religión del testimonio, pues es manifestación de personas y sólo el testimonio asegura la comunicación interpersonal. Como lo hicieron otros fundadores de religiones Cristo habla, enseña, legisla..., pero todo eso, en definitiva, no es sino el misterio de su persona. La legislación que instituye es *iniciación* a su misterio personal. Los apóstoles dan testimonio de su intimidad con Cristo, Verbo de vida, que está en relación con el Padre y el Espíritu. Todo el Evangelio nos aparece cómo confianza progresiva del misterio personal de Cristo, de la vida trinitaria, de nuestra condición filial.

Única es la calidad del testimonio divino. Los dos términos: objeto propuesto y testimonio son a la vez infalibles. Cuando Dios testimonia algo, atestigua a la vez su propia infalibilidad, porque Dios es el Testimonio subsistente, y su acción atestiguadora

se identifica con el Ser puro. Es el fundamento último y absoluto de la verdad infalible de su testimonio. El es su propia garantía. En la Revelación cristiana los signos - milagros, profecías- tienen por finalidad asegurar la identificación del Testigo; nos permiten reconocer en la voz y palabra humana de Cristo el testimonio del Dios vivo, y en la predicación de los apóstoles el auténtico mensaje de Dios. Pero la fe se apoya sobre el Testimonio divino increado, fundamento último de verdad, sobre una Palabra que lleva en si misma su propia garantía.

Otra característica única del testimonio divino radica en el hecho de que la invitación a la fe se realiza por doble vía: exterior e interior. Dios comunica a los hombres su designio de salvación por medio de los profetas, de Cristo y los apóstoles; y les invita a la fe a través de sus palabras y signos de poder. Pero a diferencia del hombre que sólo dispone de la eficacia significativa y psicológica de la palabra,, Dios pueda influir directamente en el alma y realizar en ella su acción más profunda. Describiendo esta acción habla la Escritura de revelación (Mt 11,25), iluminación , (2 Cor: 4, 46), unción (2 Cor 1, 21-22), atracción (Jn 6,44), testimonio interior (Jn 5,37). Como testigo divino, puede infundir Dios en el espíritu humano una luz que le incline a conformar su conocimiento con el divino, subordinándose a la Verdad primera mediante un homenaje a: su autoridad infinita, y que le mueva a admitir el Testimonio divino a causa de la excelencia incomparable que hace de Dios la garantía única y absoluta de su verdad. La fe sobrenatural es la única fe pura, de simple autoridad.

LA REVELACIÓN COMO ENCUENTRO

Encuentro humano

Toda palabra. supone, un yo y un tú, implica la intención de que sea acogida por un tú. La palabra es una delegación existencial: el yo con toda su riqueza personal parte en busca del tú. El encuentro puede alcanzar diversos grados de profundidad. Ya en el ínfimo se tiende a establecer un contacto; su falta se experimenta como frustración. Pero el designio espontáneo es que palabra y: respuesta se conviertan en diálogo auténtico y recíproco de comunión y mutuo compromiso. Sólo en el encuentro amoroso puede darse la perfecta reciprocidad, que es fruto de una revelación y de un don.

Encuentro divino

Este encuentro y diálogo en el amor lo volvemos a hallar en el plano , infinitamente elevado de la Revelación y de la fe. En la Revelación, Dios se dirige al hombre; le interpela y comunica la BuenaNoticia de su salvación. Pero no hay verdadero encuentro entre Dios y el hombre, si falta la respuesta de la fe. Sólo entonces la palabra del Dios vivo dada en el hombre acogida y reconocimiento. Como respuesta a la invitación divina, equivale a la sonrisa de amistad en el diálogo humano. Cuando el hombre se abre al Dios que habla, Dios y el hombre se *encuentran* en comunicación de vida. Revelación y fe son, pues, esencialmente *interpersonales*. La fe es el encuentro del Dios personal en su palabra. Supone, sí, adhesión del espíritu al mensaje divino, *ya* que, si se manifiesta Dios como un Ser que *habla*, la fe debe ser asentimiento a lo que *dice*; *pero* el término de esta adhesión es el encuentro del Dios vivo y personal. La fe inaugura en el *diálogo* un encuentro que ha de acabar en visión y que es ya presencia misteriosa y relación personal entre Dios y el hombre. No es otra la concepción de la fe en S. Pablo o

S. Juan: actitud global de todo el hombre que responde a la iniciativa divina en fusión íntima de conocimiento y amor. La fe operante por la caridad (Gal 5,6) es conocimiento y compromiso de toda la persona: acepta toda la verdad de Dios y le ofrece todo el corazón.

Rasgo característico del encuentro operado por la fe es que la *iniciativa* parte siempre de Dios (1 Jn 4,10). En la Revelación y en la fe todo es anticipo y gracia: la acción de Dios que sale de su misterio, la economía de la palabra, el mensaje de salvación, la capacidad de responder al mensaje y de hallar a Dios en la fe. Dios mismo inicia en nosotros el dinamismo de la respuesta: imprime en la inteligencia el ímpetu y tendencia sobrenatural que nos impele hacia la Verdad y el Bien supremos; crea el fundamento ontológico a partir del cual, sin dejar de ser hombres, podemos poner el acto teológico de fe. Sin embargo, Dios no pretende violar la libertad humana: somos libres de acoger o no esta otra verdadera libertad que se nos brinda.

Esa iniciativa divina-nos solicita para una *opción* de enorme seriedad. La palabra de Dios pone en juego el sentido de nuestra existencia personal. No viene a modificar algún que otro detalle de un sistema de valores; su pretensión va más lejos. Si Cristo es Dios (Verdad personal) su palabra se convierte en el punto de apoyo, norma y criterio de todo. Pensamiento y modo de obrar quedan sometidos al juicio de su palabra. Se trata de optar por Dios o por el mundo, por su palabra o la nuestra, jugarse el todo por el todo incluso hasta el martirio cruento o el humilde y paciente de una vida. Toda la vida del hombre debe quedar comprometida en esta decisión dramática de la fe en favor de Dios. Para un tal desarraigo de sí mismo e inserción en Cristo no basta la simple contemplación intelectual del mensaje revelado; se requiere la seducción del amor. Por eso en Cristo, la palabra de Dios posee un rostro y un corazón humanos que seducen el corazón del hombre. Lo que Dios nos dice es su Amor (1 Jn 4, 8.16), manifestado hasta el sacrificio. Gracias a esta seducción del amor expresada en Cristo y completada por su Espíritu, que transforma el modo de ser indócil del hombre en corazón filial, el encuentro de la Revelación se transforma en acogida, diálogo y reciprocidad.

Un último rasgo de este encuentro es la hondura de la comunión que establece entre Dios y el hombre. El que acoge la palabra de Cristo y permanece en ella, de siervo pasa a ser hijo y amigo, es iniciado en los secretos del Padre que el Hijo y el Espíritu son los únicos en conocer. El amor recíproco del Padre y del Hijo pasa al corazón del hombre. El Padre y yo somos uno (Jn 10,30) dice Cristo, y también: Como Tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros (Jn 17, 21-23). A consecuencia de esta unión nuestra con Cristo, y del Hijo con el Padre, todos los creyentes están unidos entre sí y con el Padre, como el Padre lo está con el Hijo. El Espíritu de amor que une al Padre y al Hijo lo hace vivir de la vida misma de las Personas divinas. De este modo podrá decir San Juan en su primera carta que estamos en comunión con Dios (1,3), en Dios (2,5).

Una es siempre la nota fundamental de la Revelación, ya se contemple es palabra de amor. La fe no es, por tanto, sumisión a la arbitrariedad de un Ser divino que se complace en reclamar el homenaje del espíritu humano. Es, ante todo, el reconocimiento por parte del, hombre, del plan amoroso de Dios, y su libre inserción en él: abertura a la amistad de Dios, que nos invita a compartir su vida.

Tradujo y condensó: JULIÁN MARISTANY